

**JOSÉ ANTONIO MARINA
JAVIER RAMBAUD**

**BIOGRAFÍA
DE LA
HUMANIDAD**

*Historia de la evolución
de las culturas*



Ariel

JOSÉ ANTONIO MARINA

JAVIER RAMBAUD



**BIOGRAFÍA
DE LA
HUMANIDAD**

Historia de la evolución de las culturas

Ariel

Primera edición: octubre de 2018

© 2018, José Antonio Marina y Javier Rambaud

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2935-2
Depósito legal: B. 18.710-2018
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| <i>Introducción</i> | 13 |
| CAPÍTULO PRIMERO | |
| Cuestiones de método | 21 |
| CAPÍTULO SEGUNDO | |
| La emergencia de los animales espirituales | 41 |
| CAPÍTULO TERCERO | |
| Todos somos africanos | 61 |
| CAPÍTULO CUARTO | |
| Parte de la humanidad se hace sedentaria | 81 |
| CAPÍTULO QUINTO | |
| Un mundo de ciudades | 105 |
| CAPÍTULO SEXTO | |
| Sucesos precursores | 135 |
| CAPÍTULO SÉPTIMO | |
| El gran giro espiritual | 153 |
| CAPÍTULO OCTAVO | |
| La era axial política y económica | 175 |
| CAPÍTULO NOVENO | |
| Difusión de religiones y mudanzas de imperios. . . | 203 |
| CAPÍTULO DÉCIMO | |
| Un nuevo protagonista | 235 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO UNDÉCIMO | |
| Crisis y renacimiento | 261 |
| CAPÍTULO DUODÉCIMO | |
| El inicio de una segunda y larga era axial | 293 |
| CAPÍTULO DECIMOTERCERO | |
| Mundos en contacto | 315 |
| CAPÍTULO DECIMOCUARTO | |
| La lucha por la tolerancia | 343 |
| CAPÍTULO DECIMOQUINTO | |
| Desastres y logros | 365 |
| CAPÍTULO DECIMOSEXTO | |
| El siglo de las revoluciones | 391 |
| CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO | |
| La furia expansiva | 419 |
| CAPÍTULO DECIMOCTAVO | |
| Esto es el ser humano | 465 |
| <i>Epílogo.</i> | 515 |
| <i>Notas.</i> | 521 |

CAPÍTULO PRIMERO

CUESTIONES DE MÉTODO

1. El método

Estudiar la evolución cultural de la humanidad sin perderse en generalidades parece un proyecto megalómano, condenado al fracaso. No hace falta ser historiador para comprender que la información de que disponemos es inmanejable. Según un famoso neurólogo, solo hay una cosa en el universo más complicada que el cerebro humano: siete mil millones de cerebros humanos trabajando simultáneamente. Pues bien, únicamente hay algo aún más complejo de estudiar: los miles de millones de cerebros que han estado trabajando a lo largo de la historia de la humanidad. En este momento, las nuevas tecnologías permiten la utilización de los Big Data para el estudio de la historia.¹ Es decir, abren la posibilidad de tener millones de datos de cada uno de los habitantes del planeta, de los grupos, empresas, instituciones, de los flujos monetarios o migratorios, del impacto de las noticias, los medios de comunicación, la publicidad. El problema estriba en saber qué hacer con tanta información. Piensen lo que supondría escribir la «historia universal de un día», incluso la «historia de una hora» de manera exhaustiva. Sería algo semejante a pretender

hacer un mapa del mismo tamaño que el territorio cartografiado.

Por desgracia, el cerebro humano solamente puede manejar esa información gigantesca simplificándola de alguna manera. El problema está en cómo hacerlo sin falsear la realidad, sin perder información relevante, sin desangrarla. Decía Woody Allen que gracias a un método de lectura rápida había conseguido leer *Guerra y paz* en un par de horas. «Trata de Rusia», resumía. En este proyecto vamos a utilizar un método que a nuestro juicio sortea con éxito esta dificultad, porque nos permite movernos en la generalidad sin perder la palpitación humana, abre la posibilidad de manejar y comprender gigantescos bancos de datos sin extraviarnos en los detalles. Si no tenemos razón, el proyecto entero estará construido sobre arenas movedizas, y nuestro trabajo será baldío. Por eso nos ha parecido necesario justificar su viabilidad antes de animarles a que nos lean.

El método que nos parece más adecuado tiene su fundamento en la estructura de la acción, que es el origen de todo. La fuente originaria de la historia. «El hombre es un ser activo —escribe Arnold Gehlen, un gran antropólogo—. Se debe por ello situar como punto central de todos los problemas y preguntas la acción, y definir al hombre como una esencia activa o, en forma equivalente, promotor y creador de cultura.»² Actuamos movidos por la necesidad, por las expectativas, por las emociones que orientan nuestro comportamiento, y lo hacemos con la ayuda de las herramientas mentales que tenemos a nuestra disposición. La emoción es personal; las herramientas, sociales. Spinoza tenía razón al decir que «la esencia del hombre es el deseo». En el origen de los fenómenos sociales encontramos invariablemente necesidades y deseos individuales, por lo que es inevitable escribir una historia pasional de la humanidad, como quería el gran historiador Georges Duby, si queremos comprenderla.³

La hipótesis de partida nos parece suficientemente contrastada: todos los seres humanos se enfrentan a los mismos problemas, pero cada cultura los resuelve a su manera.⁴ Eso hace que, por muy diferentes que sean, todas las culturas resulten comprensibles. Vamos a exponer, pues, una «historia aporética», una crónica de los problemas humanos, y de cómo unos seres inteligentes pero desbordados por los retos, impulsados por las utopías pero paralizados por los miedos, han ido saliendo adelante. Inmediatamente vamos a tropezar con una paradoja: necesitamos resolver los problemas vitales, y necesitamos también inventar nuevos problemas, con lo que estamos comprometidos en una especie de competición inacabable con nosotros mismos. Los humanos buscan desesperadamente la paz para, desde ella, comenzar una nueva guerra. La tensión nos angustia, pero la falta de tensión nos aburre. En la década de los sesenta, una serie de pensadores consideraron que los grandes problemas de la humanidad eran la superpoblación, la guerra nuclear y el aburrimiento. Algunos alarmistas dijeron que la única amenaza a la que no se podía sobrevivir era el aburrimiento.⁵

Hay algunos problemas gigantescos y tenaces, derivados de necesidades o aspiraciones universales, que se trenzan con la existencia humana, que a lo largo de la historia aparecen y desaparecen para surgir de nuevo; que los humanos intentan una y otra vez resolver inventando soluciones nuevas o repitiendo las antiguas. La historia guarda un repertorio de respuestas, que con frecuencia plantean nuevas preguntas. Todas las sociedades han regulado la familia y la procreación, y solo han encontrado cuatro soluciones: un hombre con varias mujeres, una mujer con varios maridos, la monogamia permanente o la monogamia sucesiva. Últimamente, la biotecnología ha ampliado las opciones. Los Estados han tenido que conseguir dinero para financiar las guerras, y lo han conseguido mediante los impuestos, las alianzas, incluidas las matrimoniales, el robo o el préstamo. El deseo de eludir los

impuestos lleva en la actualidad a los «paraísos fiscales». Pero ya Lutero se escandalizó cuando a la muerte en Roma del obispo de Bresanona, en 1509, no se encontró ni oro ni plata en su casa, sino simplemente una tira de papel oculta en el reborde de su manga, que un representante de los banqueros Fugger, de Alemania, aceptó como un pagaré por 300.000 florines.⁶

La historia es memoriosa, aunque parezca olvidadiza. «Hoy —escribe Armstrong— el mundo musulmán asocia imperialismo occidental con las cruzadas, y no se equivoca al hacerlo. Cuando llegó a Jerusalén en 1917, el general Allenby anunció que finalmente concluían las cruzadas, y cuando los franceses llegaron a Damasco, su comandante marchó hasta la tumba de Saladino en la gran mezquita y gritó: “*Nous revenons, Saladin!*”.»⁷

2. El algoritmo evolutivo

Darwin descubrió un algoritmo evolutivo, es decir, un proceso que produjo la aparición de las especies. La naturaleza se modifica a lo largo del tiempo, y la realidad descarta las variaciones menos aptas para unas condiciones dadas. La teoría estuvo incompleta hasta que se descubrió el mecanismo que producía las variaciones: la mutación genética. En ese momento, el modelo fue más comprensible. La evolución de las culturas se rige por un mecanismo análogo. Hay una *fuera impulsora*, que mueve y dirige la acción: las necesidades, deseos, expectativas y pasiones humanas; hay un mecanismo que proporciona soluciones a los *problemas planteados* por esos deseos; y hay un *sistema de selección* que elige una de las soluciones y rechaza las restantes.

Por la importancia que tiene en la trama del libro, analizaremos brevemente esta dinámica que ha movido al ser

humano desde su aparición o, mejor dicho, que hizo aparecer al ser humano.

1. *La fuerza impulsora tiene raíces biológicas.* Los organismos tienen que mantener sus constantes vitales, lo que les obliga a una continua interacción con su entorno. Como señala Thomas Sowell: «La cultura tiene como fin satisfacer los deseos humanos».⁸ Unos deseos que son la conciencia de una necesidad o la anticipación de un premio. Las necesidades básicas son comunes a todos los humanos —vivir, eliminar el dolor, buscar el placer, convivir, reproducirse—, pero a lo largo de la historia han ido evolucionando, hibridándose, cambiando de objetivos —que pueden ser reales o soñados—, expandiéndose. Una persona puede preferir morir antes que traicionar a sus amigos. Otra vive obsesionada por crear algo nuevo, o por atesorar un dinero que nunca va a poder gastar. Unas comunidades encuentran satisfactorio establecerse y otras prefieren la vida nómada. Son manifestaciones de un impulso más general y profundo. Una de las características humanas es que vivimos al mismo tiempo en la realidad y en la irrealidad, en lo necesario y en lo superfluo, y eso amplía nuestras posibilidades buenas y también las malas. Tal dualidad es, posiblemente, lo que mejor caracteriza a nuestra especie.

A riesgo de simplificar, hemos identificado cinco grandes motivaciones: sobrevivir, aumentar el bienestar, vincularse socialmente, dar sentido a la experiencia y ampliar las posibilidades vitales. Es decir, una voluntad de poder que pretende conseguir el dominio de la naturaleza, de uno mismo o de los demás. Por supuesto, estos deseos se mezclan, por lo que utilizamos esta clasificación con las debidas cautelas.

Tan grandes deseos no tienen su satisfacción asegurada. Alcanzar el objetivo ambicionado se convierte en un

problema y, a veces es uno de los problemas pertinaces, difíciles de resolver, que acompañan a nuestra especie a lo largo de su historia. Podemos llamarlos *problemas estructurales*, es decir, que se derivan de nuestra naturaleza y la manifiestan, que nos obligan a enfrentarnos a ellos. Simplificando mucho, podemos resumirlos como un único problema difícil de definir dirigido a un objetivo difícil de precisar. Lo llamaremos *felicidad*. Un impulso abstracto y ciego, que se concreta en múltiples avatares: el placer, la libertad, la justicia, el poder, el amor, la riqueza, la belleza, la salvación, la venganza. Decir que la *evolución de las culturas* cuenta la historia de la búsqueda de la felicidad es de una superficialidad escandalosa, pero verdadera.⁹ Una de las peculiaridades de las revoluciones de finales del siglo XVIII es que introdujeron la felicidad dentro del lenguaje político, haciendo así explícito lo que siempre había estado actuando desde la sombra. Continuamente hemos experimentado el sueño utópico de encontrar el mundo feliz, o la añoranza de una edad bienaventurada ya perdida. Incluso algún historiador audaz, como Edward Gibbon, se atrevió a datarla: «Si se pidiera a un hombre que señalara el periodo de la historia universal durante el cual la condición de la raza humana fuera más feliz y próspera, sin duda se decantaría por el que transcurrió entre la muerte de Domiciano y la subida de Cómodo al trono del Imperio romano (98-180 d.C.)».¹⁰ Gibbon se excedió en sus atribuciones profesionales y, a la vez, señaló un estimulante proyecto de investigación. Miles de millones de existencias humanas esforzándose en ser felices, en huir del hambre, del dolor, de la sumisión, de la ignorancia, del miedo han producido el mundo que conocemos. ¿Podemos considerar que nuestra especie ha tenido éxito?

2. *La búsqueda de soluciones*. La índole aporética de la historia deriva de la índole problemática de la vida humana. La

inteligencia es la encargada de encontrar la salida. Así se abre el *espacio de la creatividad histórica*, donde aparece la cultura como repertorio de soluciones. Este es el núcleo de nuestro proyecto. Vamos a explorar la historia de la creatividad que nos alumbró como especie.¹¹ Sin cesar aparecen las mismas pasiones y los mismos problemas y, una y otra vez, los *sapiens* se aprestan a solucionarlos de nuevo, más eficazmente. La historia de las culturas es un registro de sedicentes soluciones. Voltaire lo dijo con una frase tajante: «La historia no se repite nunca; los seres humanos, siempre».

Es fácil poner ejemplos. Todos los animales huyen del dolor y buscan el placer. Los humanos, como *animales espirituales* que son, buscan no solo placeres físicos, sino también goces espirituales: la música, la danza, la pintura, las narraciones, la comunicación con el más allá, el poder.¹² En todos los seres humanos hay un *deseo de seguridad* (fuerza impulsora), que plantea el problema de cómo conseguirla. El gran historiador Lucien Febvre estudió este deseo por el papel capital que ha jugado en la historia de las sociedades humanas.¹³ A lo largo del tiempo se han propuesto muchas soluciones: la cooperación para defenderse, la destrucción del enemigo, la organización política, los sistemas normativos, el retiro al desierto, la búsqueda interior de la impasibilidad, las religiones.

La evolución cultural va a revelarnos este paso del deseo a su satisfacción. Es, pues, una historia de invenciones, tanteos, fracasos, nuevos tanteos. De satisfacciones y decepciones. Por oposición al deseo animal —que tiene mecanismos muy fijos de saciabilidad—, los deseos humanos son proliferantes, insaciables. La misma cultura que los satisface los estimula. Somos animales lujosos, que ampliamos constantemente el repertorio de nuestras necesidades. Ya descubriremos el secreto de esta desmesura. En la tumba de Sungir (de hace 30.000 años) aparecen tres cadáveres. Un hombre de unos sesenta años decorado con 3.936 cuentas,

brazaletes y un colgante al cuello; un hombre joven que llevaba 4.903 cuentas y una mujer joven con 5.274. Los animales siguen repitiendo sus rutinas durante milenios. Los pájaros siguen haciendo sus nidos de la misma manera, mientras que los humanos hemos pasado por cuevas, chozas, casas, palafitos, castillos, templos góticos, rascacielos, caravanas y tiendas de campaña. Hemos inventado dieciséis mil lenguas. Dos mil años antes de nuestra era, los eruditos babilónicos redactaron listas de dioses. Contaron dos mil. El sintoísmo japonés admite 800.000 seres divinos. Parece un número excesivo hasta que lo comparamos con los 330 millones de dioses venerados en la cultura hindú.¹⁴ Según Poirier, existen en el mundo 12.000 sistemas legales.¹⁵ Es la *ebriedad del cambio, la explosión inventiva*. El hombre es *bestia cupidissima rerum novarum*, dice san Agustín.¹⁶ Padece-mos la concupiscencia de la novedad. No nos basta con satisfacer nuestras necesidades, sino que las ampliamos para tener que satisfacerlas, ya que esto es siempre placentero. Como señaló Tomás de Aquino, «los deseos que proceden de la inteligencia, y no de la fisiología, son infinitos».¹⁷ Todos los humanos necesitan consumir bienes, pero el «consumismo» ha sido una tendencia constantemente en aumento.¹⁸

3. *El criterio de selección*. Junto al *impulso* y a la *creación de soluciones*, el proceso evolutivo ha de tener una regla de selección. En la naturaleza funciona una muy simple: la supervivencia. En el campo intelectual, Karl Popper aplicaba el mismo criterio a las teorías: la mejor será la que sobreviva a la competencia con otras teorías;¹⁹ las mejores soluciones se imponen a las peores. Sin embargo, este es un criterio muy elemental. Conforme entran en juego necesidades más complejas, se hacen más complejos también los criterios: el de utilidad, que dirigía la producción de herramientas, fue

ampliado en algún momento histórico por el deseo de decorarlas. La decoración, tal vez como señal de prestigio, debió de producir un placer especial.

Pondremos un ejemplo. La lucha por la supervivencia ha impulsado distintas soluciones para un mismo problema, moduladas por la presión del entorno. Felipe Fernández-Armesto ha descrito los esfuerzos por sobrevivir en el desierto, en la tundra, en el hielo, en los paisajes más inhóspitos, el afán por dominar el mar y los vientos.²⁰ Las formas de vida se multiplican. Hay un proceso constante de sedentarización y urbanización que al parecer ha triunfado. Pero durante milenios se mantuvo otra forma de vida que rechazaba esas novedades. Frente a las civilizaciones sedentarias existe una poderosa civilización nómada, cuyo permanente latido se escucha más allá de las fronteras, y que periódicamente asalta el mundo establecido. Son dos criterios de selección opuestos para decidir un modo de vida. Otro ejemplo, que nos afecta en la actualidad. La cultura occidental ha apostado por los derechos individuales, mientras que gran parte de las culturas orientales, africanas y musulmanas apuestan por los derechos comunitarios. Elegir un criterio de selección u otro se convierte así en un tema de gran calado.

Las soluciones pueden evaluarse inmediatamente, según aplaquen la necesidad o produzcan algún tipo de placer. Pero esas soluciones pueden manifestarse insuficientes, provisionales o producir problemas posteriores. Por ello hay que acudir a criterios más potentes. Uno poderoso y elemental es el que propone la teoría de juegos. Hay conflictos en que uno gana y los demás pierden. Se llaman «juegos de suma cero». En una guerra gana el que se lleva el botín e impone sus normas. Son situaciones de ganador-perdedor. Otras veces, pueden resultar beneficiados ambos competidores. Esto sucede, por ejemplo, en el comercio. Son situaciones de ganador-ganador. Son diferentes lógicas

de triunfo que se entremezclan e interfieren. Podemos pensar que la Revolución francesa, con su defensa de los derechos del hombre y del ciudadano, aspiraba a un beneficio universal. Pero Napoleón volvió a la dialéctica del vencedor y el vencido. La consecuencia fueron los millones de muertos en las guerras napoleónicas.

Robert Wright sostiene que la evolución cultural ha privilegiado las soluciones *win-win*, los juegos de suma positiva.²¹ Esto permitiría descubrir un dinamismo teleológico fragmentado, una corrección de la idea de la «mano oculta» de Adam Smith. El comercio, el derecho de gentes, la política de negociación, la democracia, los tribunales internacionales son intentos de lograr unos juegos de suma positiva. Pinker señala que las emociones sociales —compasión, confianza, gratitud, culpa, cólera— fueron seleccionadas porque permiten que a las personas les vaya bien en juegos de suma positiva.²² El «dulce comercio» (*doux commerce*) es uno de esos juegos. Como resumió el jurista Samuel Ricard en 1704: «El comercio vincula unas personas a otras en virtud de la utilidad mutua. Mediante el comercio, el hombre aprende a deliberar, a ser honrado, a adquirir modales, a ser prudente».²³ Los estudios sobre el altruismo recíproco iniciados por Trivers refuerzan la misma idea.²⁴ Los humanos pueden colaborar con facilidad si la ayuda prestada generosamente suscita una respuesta análoga. Como dice un proverbio esquimal: «El lugar mejor para guardar la comida sobrante es el estómago de tu vecino». Los cuidadosos y universales rituales del regalo o del don manifiestan la importancia del tema.

Por desgracia, la evolución cultural no sigue siempre la lógica del *win-win*. Con detestable asiduidad volvemos a la lógica de suma cero. Un golpe militar puede alterar la marcha democrática. Una epidemia, provocar una hecatombe. Hitler llevó a Alemania, una nación culta y rica, al abismo. Y todavía en más ocasiones, y esta es una triste enseñanza de

la historia, caemos en juegos de suma negativa, en los que todos los participantes pierden. El historiador Carlo Cipolla clasificó a los humanos en cuatro grupos: los héroes (que benefician a los demás aunque se perjudiquen ellos mismos), los inteligentes (que buscan el propio provecho al mismo tiempo que el provecho de los demás), los malvados (que buscan solo su propio bien), y los estúpidos, que hacen mal a los demás sin beneficiarse ellos mismos.²⁵ Muchos comportamientos de la historia son escandalosamente estúpidos. Todos tenemos la esperanza de que podamos volvernos más inteligentes. Colaborar en esa utopía es una de nuestras motivaciones.

3. El espacio abierto por el problema

Tenemos, pues, grandes deseos que plantean *problemas estructurales* universales, gigantescos y persistentes. Son el motor de la historia. Los expertos nos dicen que cada problema abre su propio espacio de solución, que incluye todos los factores y recursos implicados para pasar del deseo a la consumación del deseo, del estado inicial al estado final. Lo hemos llamado *espacio de creatividad*. En él van apareciendo dominios de experiencia —estética, científica, religiosa, amorosa, etc.—, grandes tradiciones e instituciones, secuencias evolutivas que se repiten. El espacio más amplio y abarcador es el que busca la felicidad. Todos los intentos, frustrados o triunfantes, van quedando en el gigantesco depósito evolutivo, parte del cual vamos a estudiar. Consideremos un dominio constante y misterioso: el artístico. Un artista nace dentro de una tradición a la que quiere pertenecer, y de la que quiere apartarse. No podemos comprender la pintura de Picasso si no la integramos en una genealogía pictórica, en una *corriente temática* constituida por la evolución de las formas, esa vida propia que Henri Focillon quiso narrar.²⁶

Picasso, como todos los pintores, quiso integrarse en ese linaje cultural plástico. De acuerdo con la metodología de este libro, podemos considerar la creación artística como una permanente solución de problemas que el artista se plantea: el escorzo, la perspectiva, los colores y aceites, el cubismo, el impresionismo, la abstracción. Y también, el modo de sobrevivir, y de alcanzar la fama. En su ya clásica historia del arte, E. H. Gombrich expresa la misma idea. El artista siempre encuentra problemas «en la solución de los cuales puede desplegar su maestría, incluido el problema de cómo ser original».²⁷

En la *evolución de las culturas* encontramos líneas de experiencia que se trenzan, se polinizan, se adaptan, dando origen a multitud de creaciones. La experiencia del poder, la necesidad de solucionar los conflictos, las formas del amor o del odio, las experiencias religiosas o poéticas forman la caudalosa corriente de la historia de la humanidad. Sus diferencias se enmarcan dentro de una misma corriente en la que encuentran inspiración y sentido. Pensemos en el misticismo, una corriente de experiencia universal, presente en todas las religiones. Hay analogías que resultan sorprendentes, ya que parten de creencias distintas y se sirven de lenguajes diferentes.²⁸

Tradicionalmente se han elaborado historias de cada una de esas líneas evolutivas, de cada uno de esos *espacios de creatividad*. Hay, así, historias políticas, económicas, historias de la pintura, de la música, de la filosofía, del derecho. Producen una impresión de coherencia engañosa. La historia ha sido más desordenada. Y, sin embargo, creemos percibir en ella un mecanismo que va seleccionando soluciones que se imponen porque son aceptadas como mejores por la mayor parte de la población. A veces se trata de un consenso efímero, pero, como en las teorías científicas, nos mantiene la esperanza de que una teoría más poderosa desplaza a la más débil.

Tropezaremos con una dificultad añadida. No siempre se pueden dar saltos evolutivos. Es cierto que una sociedad tecnológicamente atrasada puede pasar al teléfono móvil sin haber conocido los teléfonos fijos, pero en otros temas, por ejemplo, políticos o sociales, resulta más difícil. Francis Fukuyama cuenta que asesoró al Banco Mundial y a la Agencia Australiana para el Desarrollo Internacional sobre el modo de favorecer la construcción de un Estado moderno en Melanesia. El problema surgía del hecho de que esas sociedades están organizadas tribalmente, en lo que los antropólogos denominan *linajes segmentarios*, grupos de personas que descienden de un ancestro común, cada uno de ellos con una lengua, lo que produce una enorme fragmentación social. Papúa Nueva Guinea acoge más de novecientas lenguas incomprensibles entre sí, casi la sexta parte de todas las lenguas existentes en el mundo. Cada tribu vive en su valle, enfrentándose a las tribus vecinas.²⁹ La exportación de instituciones, aunque sean benefactoras, puede fracasar si la sociedad receptora no las entiende. Los intentos de implantar un sistema democrático en una sociedad tribal como la afgana son un buen ejemplo.

4. Dos consecuencias del algoritmo evolutivo: paralelismo y convergencia

Puesto que queremos hacer la biografía de la humanidad, esta historia tiene que ser multicéntrica, atender a las distintas figuras que las sociedades han formado, a los diferentes ritmos con que lo han hecho. Retomamos así el proyecto ilustrado que Kant expuso en su delicioso opúsculo *Historia universal desde un punto de vista cosmopolita*.

El dinamismo universal que mueve a todas las culturas permite explicar dos hechos que han intrigado a los historiadores. En primer lugar, que ha habido múltiples *invencio-*

nes en paralelo: la escritura, la agricultura, la cerámica, la metalurgia, los modos de organización política, las religiones, el dinero, la estratificación social, el papel religioso de los sacrificios, el arte. Ellas, y muchas más, han surgido de manera autónoma en diferentes lugares.³⁰

Las invenciones en paralelo se dan también en el plano individual. En 1922 los sociólogos William Ogburn y Dorothy Thomas descubrieron hasta 148 ejemplos de descubrimientos científicos hechos por diferentes personas con muy poco tiempo de diferencia. El oxígeno fue descubierto en 1774 por Joseph Priestley en Londres, y por Carl Wilhelm Scheele en Suecia. En 1610 y 1611, cuatro astrónomos diferentes —incluyendo a Galileo— descubrieron las manchas solares. John Napier y Henry Briggs desarrollaron los logaritmos en Inglaterra, mientras que Joost Bürgi lo hizo en Suiza. La ley de conservación de la energía fue reclamada por cuatro personas distintas en 1847. Y, alrededor de 1900, la radio fue inventada simultáneamente por Marconi y Tesla. Ogburn y Thomas creen que eso prueba la influencia del entorno. Las ideas están en el aire y son inevitables.³¹

Si compartimos estructuras psicológicas y vivimos en la misma realidad, es explicable que tengamos experiencias semejantes. Mircea Eliade estudió la presencia del simbolismo de los «vuelos mágicos» en culturas muy distantes: «La ascensión y el «vuelo» forman parte de una experiencia común de toda la humanidad primitiva. Recordemos la importancia de los símbolos del alma-pájaro, de las «alas del alma», etc., y de las imágenes que expresan la vida espiritual como una ascensión. Es probable que el tema místico-ritual «ave-alma-vuelo extático» se haya formado en la época paleolítica».³²

El segundo hecho es el *dinamismo convergente*.³³ Cuando las soluciones entran en competencia, las más poderosas desplazan a las más débiles. La ciencia se impone a la mito-

logía; la técnica más eficiente, a la más costosa, y algún tipo de legislación, al mero empleo de la fuerza. Esta convergencia, sin embargo, estalla algunas veces, o sufre retrocesos, o resulta bloqueada por poderosas fuerzas. Ha habido, por ejemplo, una convergencia hacia la democracia, que fue interrumpida por el auge de los totalitarismos de la primera mitad del siglo xx.³⁴ En biología, eso se denomina *reversión*. Un órgano adquirido —por ejemplo, los ojos— puede atrofiarse si el entorno los hace inútiles. Así ha sucedido en los organismos que viven en la oscuridad. Y también en la historia humana cuando atraviesa etapas oscuras.

La convergencia es una tendencia de la humanidad que se produce por acumulación de miríadas de decisiones individuales. Consiste, pues, en una especie de gigantesco plebiscito. En un primer nivel, no hay razón para encontrar un progreso moral en esa convergencia. Ian Morris selecciona cuatro parámetros para medir lo que llama *desarrollo humano* —aumento del consumo de energía, mayor potencia destructiva de las armas, organizaciones más complejas, medios de comunicación más potentes—, advirtiendo que no se puede decir que sean fenómenos buenos o malos.³⁵ Tenemos, sin embargo, otros índices de «desarrollo humano» más precisos, como los utilizados por la ONU, que incluyen la longevidad, la educación o la equidad. Amartya Sen, premio Nobel de Economía, ha señalado la importancia de lo que llama *capacidades*, que son las oportunidades reales que tenemos de alcanzar las cosas que consideramos necesarias para una vida digna.³⁶ Esos índices ya incluyen una interpretación moral. ¿Podrían aplicarse a la historia?

Tenemos la convicción de que es posible. La inteligencia humana está en condiciones de elegir mejor, de conseguir mejores resultados de ese plebiscito continuo en que consiste la historia, cuando se libera de cinco obstáculos: la pobreza extrema, la ignorancia, el dogmatismo, el miedo y

el odio. Cada vez que uno de esos obstáculos reaparece, se produce un colapso o un retroceso. El objetivo de esa convergencia es lo que denominamos *felicidad objetiva*. Se trata de un concepto que por su importancia conviene aclarar, puesto que este libro es realmente una historia de la búsqueda de esa felicidad.

5. Breve discurso sobre la felicidad objetiva

La felicidad es una palabra que a pesar de su vaguedad se ha puesto de moda en las ciencias psicológicas y sociales.³⁷ Implica un estadio de plenitud, en el que las expectativas se perciben como cumplidas. Han aparecido encuestas para medir el índice de felicidad de las sociedades, con resultados contradictorios, porque el sentimiento de felicidad no se correlaciona de un modo exacto con los niveles de vida: los ciudadanos de países económicamente deprimidos pueden sentirse más felices. Esto se explica por la ambigüedad de la palabra. Creemos necesario distinguir entre *felicidad subjetiva* y *felicidad objetiva*. Aquella es una experiencia que deseamos sentir y esta una situación en la que nos gustaría vivir.³⁸ El gran jurista Hans Kelsen decía que la *felicidad objetiva* es la justicia y, en efecto, a todos nos gustaría vivir en un país justo.³⁹ Con una finalidad didáctica, algunos autores llaman a ese lugar ideal *Dinamarca*, un lugar conocido por gozar de buenas instituciones políticas y económicas; es estable, democrático, pacífico, próspero e integrador, y tiene unos niveles extraordinariamente bajos de corrupción política. Lant Pritchett y Michael Woolcock, especialistas en Ciencias Sociales del Banco Mundial, acuñaron la expresión «¿Cómo llegar a Dinamarca?» para plantear el problema de cómo transformar países como Somalia, Haití, Nigeria, Irak o Afganistán.⁴⁰ Es evidente que la felicidad objetiva no asegura la felicidad subjetiva. Incluso en la mítica *Dinamarca* la

gente pierde a sus seres queridos, tiene fracasos amorosos, está enferma o sufre depresiones.

Parece difícil que nos pongamos de acuerdo en lo que nos haría feliz, pero es posible que coincidiéramos al señalar las características de una situación objetivamente feliz. Cuando se empezó a trabajar en la preparación de la Declaración de Derechos Humanos, el filósofo francés Jacques Maritain se extrañó de que los convocados se pusieran rápidamente de acuerdo sobre los derechos universales, pero con la condición de que no se intentara justificarlos, porque entonces entrarían en liza diferencias ideológicas irreconciliables. Eso le llevó a admitir una «experiencia moral» de la humanidad. La historia se convertía así en banco de pruebas de las soluciones morales, lo que permitía un *aprendizaje ético*, una mayor finura en la elección de valores y de soluciones.⁴¹ Son ideas muy cercanas a nuestro proyecto. Apreciamos sentirnos seguros, protegidos por nuestros derechos, con holgura económica, pudiendo gozar de libertad. Todos consideramos que es mejor tener educación y acceso a los bienes culturales que no tenerlos, y valoramos el beneficio de disfrutar de asistencia médica. La mayor duración de la vida, el menor índice de muertes infantiles o en el parto, la anestesia para evitar el dolor, sin duda permiten mejor calidad de vida. También nos preocupan los derechos de las futuras generaciones, lo que nos hace pensar en la sostenibilidad de nuestro modo de vida. Aristóteles advirtió que tanto la política como la ética estaban dirigidas a la felicidad. Aquella a la felicidad social y esta a la individual. Creía que la política tenía un rango superior. Una historia de la felicidad objetiva debería por ello ser una historia del progreso político y de cómo influye y simultáneamente depende del progreso ético. De esto estaban hablando los revolucionarios ilustrados cuando opinaban que las buenas leyes hacen buenos ciudadanos, pero que, en reciprocidad, solo las virtudes cívicas permiten hacer buenas leyes.

No podemos fiarnos de las mediciones del sentimiento de felicidad subjetiva porque pueden no corresponder con la situación real. En primer lugar, porque nos habituamos con facilidad a las cosas buenas y acabamos por no percibir-las. Además, el sentimiento de felicidad es «diferencial». Procede de la diferencia entre lo esperado y lo conseguido, por eso, pensadores clásicos, en la tradición occidental y oriental, han predicado que la ausencia de deseos es el mejor camino para la felicidad. Las culturas determinan el nivel de molestia soportable y, según advierten muchos psiquiatras, la cultura occidental ha rebajado mucho el umbral, lo que puede aumentar el sentimiento de malestar. En su artículo de 2013 «Abnormal Is the New Normal», el psicólogo Robin Rosenberg observaba que con la última versión del DSM (la biblia del diagnóstico psiquiátrico) podía diagnosticarse alguna enfermedad mental a la mitad de la población estadounidense a lo largo de su vida.⁴²

La experiencia de la felicidad también es diferencial en un segundo sentido: depende de cómo percibamos la felicidad de los demás. El proverbio «mal de muchos, consuelo de tontos» funciona aquí a la perfección. El gran filósofo John Rawls, autor de una aplaudida teoría de la justicia, indicaba que la «envidia», a la que los moralistas definían como «tristeza por el bien ajeno», entorpece la decisión justa.⁴³ Por último, hay elementos fisiológicos o biográficos que influyen en el modo de interpretar lo que vivimos. Todo esto recomienda que consideremos fundamentalmente los *índices de felicidad objetiva*, y solo en casos muy especiales la *felicidad subjetiva*.

Al estudio de la *evolución de las culturas* debe interesarle averiguar si es posible evaluar la felicidad objetiva de las culturas en cada momento de su desarrollo. Según la ley del progreso ético que hemos propuesto, el índice incluiría la situación de pobreza, de ignorancia, de dogmatismo, de miedo y de odio. Las consecuencias, que debemos compro-

bar, son que la eliminación de esos condicionantes conduciría convergentemente hacia el reconocimiento de los derechos individuales, el rechazo de las discriminaciones no justificadas, la participación en el poder político, las garantías jurídicas, la solución racional de los conflictos y las políticas de ayuda.